

“Palabras malditas”: gaitanismo, violencia y populismo en Colombia*

“Cursed Words”: Gaitanism, Violence and Populism in Colombia

Cristian Acosta Olaya**

Ana Lucía Magrini***

Recibido: 10 de octubre de 2016

Aprobado: 6 de diciembre 2016

Publicado en línea: 10 de octubre de 2017

Resumen

Este artículo se propone, en primer lugar, elaborar un recorrido sobre tres palabras “malditas” de la historiografía colombiana (*violencia*, *populismo* y *gaitanismo*); en segundo lugar, indagar sobre ellas y sus debates a la luz de una interpretación no peyorativa del populismo y del gaitanismo; y en tercer, mostrar una hipótesis exploratoria que argumenta que el populismo gaitanista podría pensarse como un modo particular de procesar y frenar la violencia política. A fin de ilustrar esta tesis, se describen dos dimensiones analíticas para comprender el proceso gaitanista entre 1924 y 1948: sus prácticas político-comunicativas y las oscilaciones entre ruptura e integración en la discursividad

Abstract

In a first instance, the following article proposes an analytical itinerary around three “cursed” words (violence, populism and Gaitanism) of the Colombian historiography. In a second instance, an inquiry is suggested over those categories and over their own digressions under the light of a non-pejorative interpretation of both populism and Gaitanism. Finally, the article exhibits an exploratory hypothesis and argues that Gaitanist populism could be thought of as a particular way of processing and stopping political violence. To illustrate this proposition two specific dimensions are described to understand the Gaitanist process between 1924 and 1948: its *political-communicative practices*

doi:10.11144/Javeriana.papo22-2.pmgv

* Artículo de revisión.

** Politólogo por la Universidad Nacional de Colombia, magíster en Ciencia Política por el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín y doctorando en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Correo electrónico: cjacostao@gmail.com ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-0415-1186>

*** Politóloga por la Universidad Católica de Córdoba, magíster en Comunicación por la Universidad Javeriana de Bogotá y doctora en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes. Investigadora asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Profesora adjunta en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de Córdoba. Correo electrónico: analucia.magrini@gmail.com ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-4233-0855>



gaitanista. Al analizar la discursividad de Gaitán y de sus seguidores, consideramos que el gaitanismo, en cuanto entramado de prácticas político-comunicativas, contribuyó a procesar demandas populares que aminoraron tensiones bipartidistas de la Colombia de la primera mitad del siglo XX. La construcción de un sujeto popular, la presentación “cara a cara” entre la dirigencia y las masas en la plaza pública, entre otros elementos de la identidad gaitanista, sirvieron para procesar —de manera beligerante pero pacífica— el descontento político y social de la época. Asimismo, el gaitanismo en cuanto proceso identitario se erigió —entre 1944 y 1946— como un movimiento que se arrogaba tanto la representación de un “verdadero país” (ruptura) como la construcción de un orden restaurador de la democracia colombiana (integración). En síntesis, las disquisiciones propuestas en este escrito buscan resaltar la pertinencia de pensar procesos históricos, como los populistas, a través de un entramado conceptual abocado al estudio de las identidades políticas.

Palabras clave

Colombia; populismo; gaitanismo; violencia

and the oscillations between *rupture* and *integration* in the Gaitanist discursivity.

By analyzing Gaitán and his followers' discursivity, we can consider that Gaitanism, as a framework of political-communicative practices, contributed to process popular demands that diminished bipartisan tensions in Colombia in the first half of the 20th century. The construction of a popular subject, and the “face to face” presentation between the leadership and the masses in the public arena, among other elements of the Gaitanist identity, served to process —in a belligerent but peaceful way— the political and social discontent of the time. Likewise, Gaitanism as an identity process —between 1944 and 1946— raised as a movement that arrogated the representation of a “true country” (rupture) and the construction of a restoring order for Colombian democracy (integration). In short, the proposed disquisitions in this paper seek to highlight the relevance of thinking historical processes, such as populism, through a conceptual framework aimed at the study of political identities.

Keywords

Colombia; populism; gaitanism; violence

Cómo citar este artículo:

Olaya, C. y Magrini, A. (2017). “Palabras malditas”: gaitanismo, violencia y populismo en Colombia. *Papel Político*, 22(2), 279-310. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.papo22-2.pmgv>

Introducción

John William Cooke, activista político e intelectual de la denominada tradición nacional y popular argentina, sostuvo que el peronismo había sido “el hecho maldito de la política argentina” (2010 [1972], p. 103). La frase sintetizaba, desde una perspectiva crítica, que el peronismo representaba, para el “país burgués”, como él mismo lo denominaba, un acontecimiento incómodo, anómalo, una mancha en la historia política del país. Parfraseando la famosa frase que en ese país del sur ya se independizó de su autor,¹ aquí queremos hablar de las “palabras malditas” de la historiografía de Colombia, aquellas que remiten a procesos aparentemente negativos como la violencia y el populismo. Si bien en Colombia la Violencia (con mayúscula) podría ser entendida —como categoría— más como una palabra “bendita” que “maldita” en cuanto sirvió para ocluir otros términos que describieron el enfrentamiento bipartidista, como el de “guerra civil”, lo cierto es que la Violencia en Colombia —al igual que el peronismo en Argentina—² ha sido tratada como un proceso político que marcó a fuego el devenir histórico nacional y que se reactualiza constantemente; no es gratuito, pues, que los análisis diacrónicos del conflicto armado en Colombia (todavía vigente) remitan a ella como génesis de todas las confrontaciones que le siguieron. Esta estela de la violencia, como “maldición imborrable” para pensar la historia política colombiana, no es un hecho menor.

En este sentido, violencia y populismo fueron interpretados a modo de anatemas por la historiografía clásica, y el gaitanismo no es una excepción. Al contrario, se lo acusó con temor y se lo denunció con odio, se lo ridiculizó por “tibio” y por “pequeño burgués”; además, se le vinculó con una barbarie nunca antes vista en la historia de este país andino.³

¹ La idea de “hecho maldito” asociado al peronismo ha tenido una potencia simbólica significativa no solo en el discurso político, sino también en el académico. En un trabajo reciente, Acha y Quiroga sostuvieron que “las versiones de la frase de John William Cooke no hacen sino multiplicar las taxonomías: dos países, dos políticas, alto/bajo, burgués/revolucionario, y así. La frase ya no tiene referencia, ya que ha abandonado su momento de enunciación para ganarse un lugar en los manuales peronistas, posee [...] una impronta que puede introducirse en las melodías académicas de los estudios sobre el primer peronismo” (2012, p. 12).

² En efecto, el populismo, concepto que, como veremos, supuso inicialmente una lectura del peronismo como una desviación del curso “normal de la historia”, también contó con el amplio apoyo de élites políticas e intelectuales (fundamentalmente antiperonistas) durante los primeros años de su construcción. La genealogía del concepto no puede comprenderse independiente de la caída del segundo gobierno de Perón en 1955. El propio Gino Germani, uno de los primeros mentores del concepto, sostuvo en un libro publicado en 1978 en los Estados Unidos que había sido “consultado por el presidente Aramburu y por tres jefes de las fuerzas armadas (del gobierno revolucionario que había derrocado al régimen peronista) sobre la posibilidad y la forma en que podía organizarse una campaña de desperonización” y que “posteriormente se publicó una síntesis de la respuesta a esta consulta como parte de un panfleto” (2003 [1978], p. 254). El autor cita allí su famoso artículo “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo” de 1956, luego incluido en su obra *Política y sociedad en una época en transición* (1962). Con posterioridad a la intervención de Germani, la posibilidad de definir el populismo como un fenómeno anómalo y desviado y la de tipificar el peronismo como un caso ejemplar del populismo entendido en estos términos, suscitó un amplio debate que se extiende hasta nuestros días.

³ Cabe aclarar que la correlación que planteamos entre el “hecho maldito” argentino y las “palabras malditas” en Colombia no significa que realicemos aquí un ejercicio comparativo entre el peronismo y el gaitanismo colombiano. Si bien consideramos que esta comparación, aunque problemática, sería analíticamente sugestiva, nuestro

No es fortuito, pues, que al movimiento gaitanista se le haya vinculado con el populismo. En efecto, desde una mirada latinoamericana, hablar de los “hechos malditos” en el siglo XX remite, indudablemente, a hablar del fenómeno populista, término que en Colombia se articuló al léxico de las ciencias sociales solo a inicios de la década de 1970.⁴ Por ello, en este trabajo, presentaremos, en primer lugar, aquellos debates que dieron forma a la emergencia del populismo como un concepto peyorativo en América Latina; en segundo lugar, rastreamos cómo se tematizó esta cuestión en Colombia desde su imbricación con otros dos objetos que venían discutiéndose desde 1948 en adelante: el gaitanismo y la Violencia; y por último, mostramos nuestra perspectiva sobre las identidades políticas, una lectura sobre las prácticas político-comunicativas gaitanistas y una hipótesis de trabajo de carácter exploratorio sobre la relación entre gaitanismo y violencia.⁵

Este artículo tiene dos vectores que queremos resaltar: primero, buscamos tomar distancia de una postura tanto apologética como celebratoria del término *populismo*, para así rescatar su potencia analítica, en especial para indagar sobre procesos históricos latinoamericanos, y específicamente el gaitanismo; segundo, y teniendo en cuenta este caso colombiano, deseamos problematizar la imbricación recurrente entre gaitanismo y violencia, mostrar los distintos matices de esta relación y cuestionar —por cierto— la linealidad analítica entre ambos fenómenos.

Populismo en América Latina

La falta de un consenso conceptual frente al término *populismo* es la advertencia siempre presente al inicio de todo estudio sobre el fenómeno populista.⁶ Esta discrepancia ha llevado a creer que la palabra misma y el juicio valorativo con el cual es emitida devela *per*

objetivo en este trabajo es resaltar la complejidad con la que se abordó la problemática populista en Colombia, especialmente en su relación con la violencia política, teniendo en cuenta que los estudios primigenios sobre el populismo latinoamericano tuvieron como caso cardinal al Gobierno de Juan Domingo Perón entre 1946 y 1955. Para un estudio historiográfico que reconstruye las diversas interpretaciones sobre el populismo en Argentina y la/s violencia/s en Colombia durante la segunda mitad del siglo XX, véase Magrini (2014b y 2015).

⁴ A diferencia de los estudios sobre el populismo en países como Argentina. Un claro ejemplo de ello es el estudio del peronismo elaborado por Gino Germani (1962, 2003 [1978]) y demás precursores de la sociología estructural funcionalista en el país austral, desde la década de 1950.

⁵ Este trabajo se desprende de un cruce teórico y empírico entre los hallazgos de dos investigaciones de maestría sobre el discurso gaitanista realizadas en Colombia y Argentina, respectivamente. Una de las investigaciones fue financiada a través de una beca completa para extranjeros en Colombia del Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios Técnicos en el Exterior entre 2008 y 2009 y desarrollada en el marco de la Maestría en Comunicación de la Universidad Javeriana de Bogotá. La otra fue realizada entre 2013 y 2015 y radicada en la Maestría en Ciencia Política del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín.

⁶ Es común, por ejemplo, concebir el origen del fenómeno populista a fines del siglo XIX en Rusia, contexto en el cual se dio origen a una corriente filosófica política que proponía a los intelectuales “descender” hasta la base social: “ir hacia el pueblo” (*Narodnichestvo*). A la vez que se venía dando el *narodnik* en Rusia, también se ha denominado populista el movimiento que surgió en las últimas décadas —también— del siglo XIX dentro de la política estadounidense con el Partido del Pueblo (People’s Party), el cual constaba de una fuente de apoyo de sectores agrícolas del sur y medio oeste del país (Taguieff, 1996). El uso del populismo para describir fenómenos políticos tan disímiles evidencia lo recurrente que es encontrarse con una caracterización variorpinta de este signifiicante.

se su contenido y significado. Incluso, se ha encontrado en el significante populismo la forma más conveniente "de mentar al demonio", bautizando a la ignominia frente a un *deber ser* de la política. No obstante, y pese a que el uso del vocablo *populismo* devino más un insulto, cuya carga peyorativa trae implícitamente sentidos tales como manipulación, cooptación, demagogia, reificación, ausencia de conciencia de clase, entre muchas otras, algunos investigadores sociales siguen reivindicando el populismo como categoría analítica o herramienta analítico-teórica para hacer una lectura profunda de acontecimientos históricos y políticos específicos.⁷

Al tomar como punto de partida las disertaciones que en la sociología, la filosofía y la ciencia política contemporánea se han dado sobre el tema, Dockendorff y Kaiser (2009) ven todavía mucho por hacer frente a los estudios sobre el populismo. Si bien varios teóricos han intentado contextualizar el fenómeno populista desde sus distintos enfoques, el resultado de una exhaustiva revisión de la literatura sobre el populismo permite concluir que hay un evidente vacío en lo que respecta a su conceptualización teórica (Dockendorff y Kaiser, 2009).⁸ Sin embargo, dicho vacío se ha dado justamente por una amplia cantidad de intentos por decantar analíticamente el fenómeno populista, lo cual nos obliga a exponer de manera sucinta las diversas formas en que el populismo ha sido estudiado en los últimos años.⁹ Además, las propias conceptualizaciones del populismo que se fueron produciendo en nuestra región están fuertemente imbricadas al intento de desentrañar "la verdad" sobre experiencias políticas significativas para la reconstrucción de la historia nacional de cada país.

No sin estar conscientes de la multiplicidad de estudios sobre el tema y de los problemas políticos e intelectuales a los que este concepto ha estado asociado,¹⁰ los distintos

⁷ Sobre el carácter peyorativo del populismo, véase Panizza (2011). Es ilustrativo, en esta línea, el uso del populismo por parte de Dornbusch y Edwards (1991) para explicar políticas macroeconómicas peligrosas, inestables y, por ende, poco recomendables, especialmente para América Latina.

⁸ La elaboración de un recorrido sobre la literatura que aborda el tema del populismo no es una tarea reciente ni novedosa. Para el lector interesado en conocer la problemática del término *populismo* en general, son interesantes varios recorridos bibliográficos que toman como base los desarrollos académicos tanto de América Latina como del mundo anglosajón. Según nuestro criterio, algunos de los trabajos que mejor abordan esta tarea bibliográfica son, entre muchos otros, Laclau (1986 [1977]), Mackinnon y Petrone (1998), Hermet (2003), Weyland, De la Torre, Aboy Carlés e Ibarra (2004), Biglieri (2007), Freidenberg (2007) y Deiwiks (2009). Véase también el número 82 de 2014 de la revista *Colombia Internacional*, el cual recoge diversas conceptualizaciones sobre el populismo desde una perspectiva no esencialista.

⁹ No sobra mencionar que los estudios sobre el "nuevo populismo" (o "neopopulismo") han ahondado el debate en años recientes. El uso del prefijo *neo* es aplicado tanto a una nueva ola neoconservadora en los países europeos (Jean-Marie Le Pen en Francia, Jörg Haider en Austria, entre otros) como a los distintos gobiernos que excedían los partidos tradicionales en América Latina (tan disímiles como Alberto Fujimori en Perú o Hugo Chávez en Venezuela). Este uso del concepto es criticado, entre otros, por Carlos Vilas (2004), quien cuestiona el uso de la categoría populismo por fuera de una época específica del siglo XX cuando dicho fenómeno tuvo lugar.

¹⁰ Para un estudio de esta problemática, véase Magrini (2015).

esfuerzos por resumir las variantes de investigación han coincidido, en cierto modo, con la existencia de cuatro corrientes de pensamiento:¹¹

1. Desde la teoría de la modernización o interpretación del estructural-funcionalismo, se entendió el populismo, a grandes rasgos, como un fenómeno propio de países subdesarrollados producto de la rápida transición de una sociedad tradicional a una moderna, donde las masas “en disponibilidad” eran persuadidas por movimientos políticos con una fuerte ideología anti-*statu quo* (Germani, 1962; Di Tella, 1965; Stein, 1980). Cabe destacar que para Germani esta transición, al darse de manera acelerada, generó la coexistencia de valores o principios básicos propios de ambas sociedades, lo cual dio como resultado una serie de “asincronías”: asincronías *geográficas* en cuanto el impulso desigual del desarrollo crea regiones tanto centrales como periféricas, además de “sociedades duales”; asincronías *institucionales* que tienen lugar cuando persisten fundamentos jurídicos contradictorios provenientes de las sociedades tradicionales frente a las modernas; asincronía de *grupos sociales* que es la diferencia que se da entre grupos “avanzados” y “atrasados”; y las asincronías *motivacionales*, donde actitudes, ideas y aspiraciones coexisten en épocas diversas. Todo lo anterior constituiría una población que queda en un particular estado de anomia. En síntesis, el proceso de transición descrito por Germani conformaba una masa en “estado de disponibilidad” movilizadora e integrada súbitamente, esto en comparación con el proceso histórico propio del capitalismo europeo.¹²
2. Las posiciones histórico-estructurales son variadas. Podemos encontrar la perspectiva de la teoría de la dependencia que entiende el populismo como:
 - a. Una alianza desarrollista (Cardoso y Faletto, 1971 [1969]).
 - b. Una etapa de la contradicción capitalista que surge con la crisis de 1929 (Ianni, 1972).
 - c. Un producto de la crisis de la hegemonía conservadora y el surgimiento de una alianza de diversos sectores sociales donde la lucha de clases como tal es obliterada (Murmis y Portantiero, 1971; Weffort, 1968; Torre, 1989).

Lo que resaltan estas diversas posturas es el entendimiento del proceso populista como un fenómeno que solo puede ser analizado si se lo encuadra en una época determinada y en condiciones sociales, políticas y económicas específicas, donde

¹¹ La caracterización a continuación esbozada del estudio del populismo en cuatro corrientes delimitadas es tomada fielmente del aporte de Mackinnon y Petrone (1998, pp. 11-55).

¹² “La explicación del populismo por parte de Germani se reduce, pues, a esto: la temprana incorporación de las masas a la vida política latinoamericana ha determinado una presión que ha rebosado los canales de absorción y participación que la estructura política era capaz de ofrecer. En consecuencia, la integración de las masas de acuerdo con el modelo europeo del siglo XIX no ha podido verificarse, y distintas élites influidas por el nuevo clima histórico del siglo XX han manipulado a las masas recién movilizadas por sus propios objetivos. La mentalidad de dichas masas, en razón de su insuficiente integración, se caracteriza por la coexistencia de rasgos tradicionales y modernos” (Laclau, 1986 [1977], p. 174).

hechos como la crisis oligárquica de principios del siglo XX y las tradiciones sindicalistas, entre otros, son la condición *sine qua non* para el surgimiento del populismo (esto especialmente para los "populismos clásicos": Juan Domingo Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil y Lázaro Cárdenas en México).

3. Los estudios "coyunturalistas" se enfocan específicamente en las condiciones propias de un momento prepopulista. Con esto buscan comprender —y poner en cuestión estudios anteriores sobre— las rupturas y continuidades propias de los procesos populistas clásicos.¹³
4. La corriente del "discurso ideológico" parte del análisis político del discurso y del análisis de la ideología para estudiar el fenómeno populista. De esta comprensión de la realidad política, saldrán los aportes de Laclau, quien, en un primer momento, definió el populismo como "la articulación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto de la ideología dominante" (1986 [1977], p. 201). Frente al aporte de Laclau, la crítica elaborada por Portantiero y De Ípola (1988 [1981]) considera errónea la línea de continuidad que dicho autor establece entre populismo y socialismo, sosteniendo que este último se basa en una concepción pluralista de la hegemonía, la cual se diferencia radicalmente del proceso populista. Según estos autores, los populismos "realmente existentes" parten de una concepción *organicista* de la hegemonía (en oposición a la concepción de hegemonía *pluralista* del socialismo), y procesan las demandas nacional-populares desde lo nacional-estatal generando una suerte de "fetichización del Estado", por la cual "lo nacional-estatal" usurpa "lo nacional-popular" (p. 205).

Repasemos ahora algunas críticas elaboradas respecto de las anteriores perspectivas sobre el populismo. Uno de los mayores cuestionamientos que se le ha realizado a la primera (1) caracterización del populismo es el signo teleológico implícito en su marco explicativo. En efecto, de la interpretación estructural-funcionalista se podría inferir que esta considera el populismo como un "extravío" frente a un paradigma que presupone cierto *deber ser* del funcionamiento social, histórico y político. En este sentido, los fenómenos así llamados populistas son presentados como aberraciones históricas que, en última instancia, no permitieron llegar a una meta deseada, esta es, la democracia liberal (Laclau, 1986 [1977], p. 173). En las interpretaciones más controversiales de Germani, se evidencia una recurrente lectura del fenómeno populista en cuanto proceso político que evocaba y, por momentos, buscaba emular los procesos del nazismo y el fascismo europeos, donde las "masas en disponibilidad" desempeñaban un papel central frente a un líder carismático.¹⁴ Es desde la teoría de la modernización que

¹³ Entre los trabajos más destacables, encontramos los de James (1988) y French (1992).

¹⁴ Vale precisar que en los primeros trabajos de Germani se designa a estas modalidades autoritarias de integración como movimientos nacional-populares, concepto de reminiscencia gramsciana. Hacia finales de la década de 1970,

el populismo, según lo afirma Laclau, se entiende como “una expresión aberrante de la asincronía en los procesos de tránsito de la sociedad tradicional a la industrial” (Laclau, 1986 [1977], p. 177).¹⁵

Taguieff (1996) considera que la anterior concepción del populismo refleja una lectura liberal y de repulsión por parte de las élites hacia las capas medias y bajas de la sociedad y que explica los procesos populistas de manera reduccionista como “*manipulación simbólica masiva* particularmente cruda” (cursivas nuestras) (p. 47).¹⁶ En un intento de salir de esta simplificación, el autor retoma la propuesta de Weffort (1968), quien considera que, si bien “el populismo [...] implicó la manipulación de las masas, [...] esta manipulación nunca fue absoluta [...] ha sido un método específico y concreto de manipulación de masas, pero también un medio para expresar sus intereses” (citado por Taguieff, 1996, pp. 49-50). Esta ambigüedad entre *protesta* y *manipulación* es englobada en el concepto *Estado de compromiso* de Weffort, quien, insistiendo en el carácter manipulativo entre el lazo líder y masas, deja entrever que estas también son interpeladas políticamente por los gobiernos a cambio de apoyo y legitimación del régimen.

Frente al uso exclusivo del populismo en cuanto proceso histórico de condiciones sociopolíticas únicas e irrepetibles (2)¹⁷ y como fenómeno delimitable en el tiempo del cual se pueden estudiar a fondo sus continuidades y rupturas (3),¹⁸ las críticas contra estas posiciones provienen de diversas propuestas analíticas. Una de ellas es la de Touraine (1998), quien considera el populismo no como un hecho concreto en la historia latinoamericana, sino como un “tipo especial de relaciones” que logran articular el Estado, la ideología y lo social en lo que sería una “política nacional-popular” (p. 331). Considerando esta política como “la forma de intervención social del Estado más

el sociólogo italiano denominará con mayor ímpetu a estos movimientos como populismos (Germani, 2003 [1978]).

¹⁵ Frente a este primer avance de Germani, años después haría algunos reparos a sus propios postulados iniciales. En 1979, este autor afirmaría que la anomia es “causada por el impacto de los cambios sociales rápidos, la obsolescencia de valores y normas internalizadas por la socialización primaria, y la destrucción recíproca de sistemas de valores contrastantes, o la desorientación inducida por el pluralismo y la autonomización de valores y normas que corresponden a esferas institucionales diversas”, y que no obstante “son todos fenómenos que pueden observarse en grados diferentes de intensidad en las sociedades modernas”. De esta forma, Germani estaría reconsiderando parte de la tácita separación entre sociedades modernas y tradicionales que había planteado en sus trabajos iniciales (2010 [1979], p. 672).

¹⁶ Taguieff resalta que es dentro de esa cuestionable lectura liberal que sobresale la más que famosa compilación de Ionescu y Gellner (1970 [1969]). La citada antología es, para dicho autor, “una visión hipercrítica que se transforma en un punto de vista antipopulista. Una crítica legítima se convierte en una polémica ilimitada” (1996, p. 51). Cabe mencionar, sin embargo, que dicha compilación es uno de los primeros trabajos que intentan catapultar el estudio serio de la categoría “populismo” dentro de la sociología y la ciencia política.

¹⁷ Este es el caso de Paul Drake (1982), quien sostiene que el populismo latinoamericano tiene su auge en condiciones históricas específicas. Otra caracterización del populismo como fenómeno irrepetible es la elaborada por Vilas (2004).

¹⁸ Si bien gran parte de la bibliografía de los autores “coyunturalistas” sobre el populismo se destaca por su profundización historiográfica, la definición conceptual del populismo es más bien escueta en los estudios de dichos autores. Por ejemplo, Canovan (1982) apoya esta forma de pensar al fenómeno populista aseverando que es mucho más efectivo analíticamente darle preeminencia a la indagación descriptiva del populismo que a su estudio teórico.

característica del modelo latinoamericano", Touraine toma cierta distancia de la noción de *Estado de compromiso* de Weffort (que considera insuficiente), para así señalar que la política nacional-popular da preeminencia a tres rasgos específicos: 1) la independencia nacional, 2) la modernización política y 3) la iniciativa popular (pp. 332-333). Al estar al tanto de la recurrente concepción peyorativa de la palabra *populismo*, el autor francés prefiere designar los procesos así nominados con la categoría "políticas nacional-populares", y definirla como una manera específica de intervención del Estado, donde este último subordina todas las categorías sociales a la noción de *pueblo* (p. 359).

Por otra parte, las definiciones del populismo en cuanto "estilo político" (Knight, 1998) o "estrategia política" permiten caracterizarlo más allá de un contexto histórico limitado. Por ejemplo, Weyland (2001) busca salirse del atolladero de la anarquía conceptual explicando el populismo como "una *estrategia política* a través de la cual un líder personalista procura o ejerce el poder gubernamental basado en el respaldo directo, inmediato y no institucionalizado de un amplio número de seguidores desorganizados" (cursivas nuestras) (citado por Aboy Carlés, 2004, p. 90).¹⁹ No obstante, si bien el aporte teórico de Weyland proporciona un avance para entender el populismo como un "fenómeno eminentemente político", como afirma De la Torre (2004, p. 71), las falencias de la postura del autor alemán se hacen más que evidentes en cuanto considera la desorganización de las masas y su relación con el líder carismático como las condiciones *sine qua non* del populismo.²⁰

Desde otros flancos de pensamiento que han buscado desligar el fenómeno populista de un contexto histórico específico, es ya bien conocido el trabajo de Canovan (1999), quien considera el populismo como un fenómeno inherente al proceso político democrático. Retomando los postulados del teórico Michael Oakeshott sobre la democracia, Canovan entiende que esta última tiene dos dimensiones en tensión permanente. En efecto, es en la brecha entre la cara pragmática y la cara redentora de la democracia que resulta en "un constante estímulo para la movilización populista"; el populismo es, entonces, "una *sombra* proyectada por la democracia misma" (p. 3). En este sentido, la autora inglesa no contextualiza históricamente el populismo y más bien lo enmarca como fenómeno político inherente o "latente" de las democracias modernas.

¹⁹ Agrega Weyland (2001): "Una 'estrategia política' se enfoca en los métodos y los instrumentos para ganar y ejercer el poder, el sustento de la reglamentación política [...] El populismo emerge cuando un líder individual (personalista) utiliza el apoyo de la gran masa poblacional como la base de su sustento político" (citado por Aboy Carlés, 2004, pp. 31-32).

²⁰ Además de cuestionar la desmedida generalidad que podría tener la fórmula de Weyland para definir el populismo (líder carismático más la desorganización de los seguidores), las críticas elaboradas por Aboy Carlés a la propuesta de Weyland se concentran en un cuestionamiento cardinal: "¿Qué liderazgo surge de la completa desorganización?" (2004, p. 92). Estos rasgos, para Aboy Carlés, son insuficientes, ya que el tipo de liderazgo que surge de esta supuesta desorganización no sería más que un subtipo de la dominación carismática propuesta por Max Weber y, por tanto, "la noción de populismo devendría superflua" (pp. 92 y 96).

Ahora bien, de acuerdo con esta clasificación inicial de las diversas perspectivas sobre populismo y de las principales críticas elaboradas a cada una de ellas, es posible advertir un lugar común en estas definiciones: los tres primeros enfoques proponen un abordaje del populismo, desde el análisis de un supuesto contenido esencial de este, como el resultado de un contexto histórico específico, según criterios del “deber ser” de la política y, en general, asociado a fenómenos “desviados” del tercer mundo y de América Latina. El efecto que producen tales abordajes remite a un concepto de populismo asociado a términos peyorativos, a la idea de crisis del sistema democrático, al clientelismo político, etc. El principal problema de estas perspectivas radica, ciertamente, en un supuesto no explícito desde el que parten: la pretensión de presentarse como “miradas objetivas” del fenómeno.

Como es evidente, hemos dejado para el final la revisión teórica del populismo como discurso ideológico (4) y sus respectivas críticas, ya que es justamente desde esta corriente analítica que parten nuestras consideraciones para la revisión del gaitanismo y su relación con la violencia. Esta mirada, en efecto, sobrepasa las condiciones histórico-políticas —sin soslayarlas— en busca de la especificidad del populismo y su relación con lo político. En este sentido, la obra de Laclau (1986 [1977], 2000, 2004 [1985], 2005) es clave para resaltar los elementos y las críticas que de las categorizaciones alboradas por este autor argentino hemos tomado.

Desde la perspectiva laclausiana, el fenómeno populista no es más que una formológica de lo político, un tipo de discurso. Esta noción no esencialista del populismo implica la construcción discursiva de un pueblo; por tanto, no podemos encontrar un contenido ideal antes de la constitución misma del fenómeno. Este se construye a partir de una serie de relaciones antagónicas en un escenario político siempre contingente, flexible, no cerrado y constantemente disputado. Si bien la obra de Laclau tuvo gran difusión gracias al éxito editorial de *La razón populista* (2005), el pensamiento del autor sigue al menos tres “momentos” en los cuales sus referencias teóricas y analíticas fueron mutando.

El primer momento se corresponde con la teorización del populismo realizada en “Hacia una teoría del populismo”, capítulo medular de la clásica obra *Política e ideología en la teoría marxista* (Laclau 1986 [1977]). Allí podemos evidenciar una primera definición del populismo, en la cual el autor intenta tomar distancia de una categorización basada en los contenidos específicos del fenómeno para resaltarlo como una forma específica de articulación discursiva.²¹

²¹ Ciertamente, los desarrollos teóricos del “primer Laclau” se abocaron al estudio de un concepto de *populismo* aferrado a sus manifestaciones políticas concretas; en ellos, todavía se sostiene cierto grado de privilegio de la noción de *clase social*. En adelante, ambas cuestiones irán radicalizándose en su obra hasta llegar a una conceptualización del populismo como forma de lo político u ontología política, deconstruyendo del “último reducto del esencialismo” o principio fundante de la teoría gramsciana el carácter necesario de la categoría clase social.

Según Laclau, el análisis del fenómeno populista para estas perspectivas “no es nunca definido en sí mismo, sino en contraposición a un paradigma”, donde la centralidad de la transición de una sociedad tradicional a una industrial-moderna y su relación con una etapa determinada de desarrollo es preponderante (Laclau, 1986 [1977], p. 183). Por ende, el populismo es un discurso que consiste en la presentación de interpelaciones popular-democráticas como un conjunto sintético-antagónico respecto de la ideología dominante. Definiendo el populismo en cuanto discurso que se expresa en el antagonismo político entre pueblo/bloque de poder, la propuesta de este pensador argentino para 1977 tiene como *leitmotiv* poner de relieve que la construcción del pueblo supera su presencia enunciativa en un discurso ideológico²² y, por ende, el populismo solo surge cuando los elementos popular-democráticos se presentan como opción antagónica frente a la ideología del bloque dominante. Esta matriz, que busca poner en diálogo las perspectivas althusserianas y gramscianas al unísono, permite concebir que dentro del fenómeno populista las referencias clasistas no son *per se* el centro de las contradicciones del nivel social, sino que son simplemente articulables a los discursos ideológicos de los más diversos sectores sociales; de ahí que Laclau concluya que pueden existir tanto populismos de las clases dominantes como de las clases dominadas.

En un segundo momento, ubicaríamos *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* (2004 [1985]), libro publicado por Laclau y Mouffe en 1985. Allí los autores reconstruyen de manera minuciosa el legado marxista —en Europa, especialmente— y realizan un recorrido histórico sobre el uso conceptual de la *hegemonía*. Si bien en esta obra el tema del populismo como tal no aparece, los desarrollos conceptuales elaborados en ella son fundamentales para entender los trabajos finales de Laclau, especialmente *La razón populista* (2005).

El objetivo central de Laclau y Mouffe es remover de la escena del marxismo cualquier tipo de concepción “esencialista” de las instancias estructurales y de las relaciones sociales (Vergalito, 2007), lo cual implicaba establecer un distanciamiento con dos formas de reduccionismo en las que los estudios marxistas parecían caer con insistencia: el economicismo y el reduccionismo de clase. Los autores parten, entonces, de un principio de negatividad de lo social, esto es, que las formaciones sociales se encuentran abiertas y es la contingencia la principal característica de estas, lo cual estructura lo social. De esta manera, la hegemonía quedaría liberada de las “restricciones” esencialistas que la relacionan con una clase específica *a priori* (el proletariado). El aporte de Gramsci es intervenido por los autores al caracterizar lo hegemónico como “un *tipo de relación política*; una *forma*,

²² “No es la mera *presencia* de interpelaciones popular-democráticas en un discurso lo que transforma a este en populista [...] la presencia de elementos popular-democráticos en un discurso no es suficiente para transformar a este en populista” (Laclau, 1986 [1977], pp. 201-202).

si se quiere, de la política”, la cual está compuesta por prácticas articularias²³ y efectos de frontera propios del antagonismo social²⁴ (Laclau y Mouffe, 2004 [1985], p. 183).

En síntesis, la obra de Laclau y Mouffe presenta tres virajes fundamentales en la trayectoria teórica del pensador argentino: 1) la aseveración radical de que todo fenómeno social puede ser entendido como objeto de discurso;²⁵ 2) el antagonismo, como límite de toda objetividad social, es desligado de la lucha de clases *per se* del marxismo clásico; y 3) el paso de un sujeto ligado a la interpelación (Althusser) a uno entendido como posición estructural dentro de un marco discursivo, lo cual permite entender al sujeto desde el análisis de las identidades y solidaridades colectivas (Vergalito, 2007, p. 38).

En un tercer momento, identificamos una de las innovaciones teóricas de Laclau con *La razón populista* (2005),²⁶ donde el autor argumenta que la unidad mínima de análisis es el establecimiento de la demanda social. Es la demanda, entonces, el lugar primordial desde el cual busca desplegar la especificidad de una práctica articularia populista. La palabra *demanda* —en inglés— tiene un doble registro: sirve tanto para referirse a una petición como a un reclamo; esta ambigüedad le sirve al autor para entender el paso de una petición a un reclamo como base de la definición doble de las demandas sociales: en un primer grupo, se encuentran las demandas democráticas, las cuales se caracterizan por permanecer aisladas gracias a un procesamiento diferencial de estas por parte de las instituciones, en contraste con un segundo grupo constituido por las demandas populares, que tienen como base primaria su “no satisfacción” y aislamiento dentro de un contexto institucional. Esta insatisfacción de las demandas es la que les permite confluír en una lógica de la equivalencia que, al conformar una frontera antagónica, va configurando una nueva identidad colectiva (Laclau, 2005, p. 98).

La cadena equivalencial de demandas populares o articulación entre demandas diversas e igualmente insatisfechas necesita, además, lugares de inscripción que actúen como puntos nodales o puntos de “amarre”: estos serán los significantes vacíos.²⁷ Conforme a la teoría laclausiana, dos tipos de significantes son elementales para la constitución de discursos populistas: los significantes flotantes y los significantes vacíos. Para el autor,

²³ Por *articulación* Laclau y Mouffe entienden toda práctica que establece una relación tal entre elementos que la identidad de estos resulta modificada como resultado de dicha práctica (Laclau y Mouffe, 2004 [1985], p. 142).

²⁴ “Es porque un campesino *no puede ser* un campesino, por lo que existe un antagonismo con el propietario que lo expulsa de la tierra. En la medida en que hay antagonismo yo no puedo ser una presencia plena para mí mismo” (Laclau y Mouffe, 2004 [1985], p. 168).

²⁵ Tomando distancia de la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas de Foucault, los autores afirman: “Nuestro análisis rechaza la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas y afirma [que] todo objeto se constituye como objeto de discurso, en la medida en que ningún objeto se da al margen de toda superficie discursiva de emergencia” (Laclau y Mouffe, 2004 [1985], pp. 144-145).

²⁶ Nos referimos especialmente a los capítulos 4 y 5 de la obra, en los cuales Laclau expone los argumentos más importantes de su entramado teórico.

²⁷ Es en la obra de Laclau de 1996 donde se puede encontrar claramente un desarrollo teórico de los “significantes vacíos” (pp. 36-46).

los significantes vacíos logran condensar una única cadena de equivalencias si se establece una frontera política "estable" entre dos campos políticos. Los "flotantes", por el contrario, involucran la movilidad o desplazamiento de esta frontera y la tensión entre cadenas equivalenciales que disputan su sentido, esto es, que "las mismas demandas democráticas reciben la presión estructural de proyectos hegemónicos rivales" (Laclau, 2005, p. 165). La lógica de los significantes tendencialmente vacíos conlleva, entonces, la amplitud de cadenas de equivalencias, pero, al mismo tiempo, a su "pobreza de contenido", en la medida en que el significante que las representa (significante vacío) debe hacerse tendencialmente más vacío e impreciso para abarcar nuevas demandas.

En este orden de ideas, y teniendo en cuenta la inscripción de una cadena de equivalencias en un "punto nodal", para Laclau la dimensión afectiva de lo social es imprescindible si se desea entender esta inscripción como "investidura radical" de un objeto y su relación con la heterogeneidad de las demandas que se inscriben en él. Por tanto, para que haya populismo, se requeriría una articulación de demandas populares que configuren un antagonismo que tienda a la dicotomización del campo social, la inscripción de estas demandas en significantes tendencialmente vacíos que las representen y el establecimiento de un punto nodal en forma de nombre o líder, cuya interpelación afectiva sea insoslayable.

Por ende, y en oposición a las lecturas peyorativas del populismo, nos gustaría resaltar que la perspectiva laclausiana sobre el populismo, pese a las diversas críticas que puedan realizársele,²⁸ nos ayuda a entender mejor el fenómeno populista desde una postura no esencialista.²⁹

El populismo adquiere, entonces, el carácter siempre precario y contingente de un discurso que divide a la sociedad en dos campos antagónicos, "los de abajo", el pueblo, y "los de arriba", la oligarquía. El populismo, en resumen, es una operación específica en la cual una *plebs* (el pueblo como una parte de la comunidad, los menos privilegiados) reclama ser el *populus* legítimo (pueblo como un todo comunitario).

²⁸ A grandes rasgos, este tercer momento en la teoría sobre el populismo plantea un problema que nos gustaría mencionar. Si, por una parte, en *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia* existe cierta sinonimia entre hegemonía y la política, en *La razón populista* la política pasa a ser comprendida como populismo, haciendo prácticamente intercambiable la tríada hegemonía-política-populismo (Laclau, 2009, p. 68). Evidentemente, si en la obra de Laclau de mediados de la década de 1980 se representaba una relación entre hegemonía y la lucha democrática radical en la conformación de un "pueblo", en su obra posterior, restringiendo su perspectiva, el pensador argentino establece que no hay otro proceso político diferente de la hegemonía y que esta, a su vez, no puede existir en cuanto no sea populista.

²⁹ No esencialista por las siguientes razones: 1) El populismo sería una forma y no un contenido; una lógica, un tipo de discurso que se basa en la configuración de "un pueblo". 2) El contexto es relevante pero no determinante: el contenido del fenómeno no puede definirse apriorísticamente (sin tener en cuenta el contexto o privilegiando su contenido), pero tampoco puede ser disuelto en este. 3) Si se trata de una forma-lógica, más que de un contenido-tiempo-espacio específicos, entonces no podemos encontrar un contenido normativo previo a la constitución y el análisis del fenómeno. 4) Se trata de un fenómeno flexible y constantemente disputado, es decir, contingente.

Ahora bien, teniendo en cuenta los avances teóricos sugeridos en el análisis de Laclau, nos gustaría exponer nuestros reparos a la relación que se ha establecido entre populismo y violencia teniendo en cuenta el caso gaitanista colombiano. Por ende, precisamos recorrer brevemente la manera en que el fenómeno populista ha sido analizado en Colombia, haciendo fuerte hincapié en este proceso político de la década de 1940.

“Los malditos”: el debate sobre el populismo, el gaitanismo y la violencia

Las diversas explicaciones sobre el gaitanismo y sobre la violencia han rondado alrededor de la pregunta por la posibilidad o la imposibilidad del populismo en Colombia. Muchas de las perspectivas que conciben el gaitanismo alejado del populismo insisten en una relación inseparable entre el populismo y el Poder Ejecutivo.³⁰ Sin embargo, la caracterización del gaitanismo como un caso más dentro de los populismos latinoamericanos es un tópico que atraviesa los estudios existentes del movimiento político de Jorge Eliécer Gaitán.

Como resaltamos en otros trabajos (Acosta Olaya, 2014; Magrini, 2016), uno de los primeros estudios sobre el fenómeno populista en la política colombiana fue el elaborado por Marco Palacios en su obra *El populismo en Colombia* (1971). Es indeleble la pretensión de contribuir en el debate historiográfico y teórico en Colombia, trayendo al entorno académico de dicho país los análisis elaborados por la teoría de la modernización, en especial los trabajos de Germani (1962) y Di Tella (1965),³¹ a los cuales ya hemos hecho referencia.

Para el historiador colombiano, el reducido desarrollo industrial de las décadas de 1930 y 1940 en Colombia impidió la existencia de un proletariado cohesionado y con ideas coherentes. Por ende, para Palacios, el proceso populista era más una desviación demagógica contraria a la “conciencia de clase” de los sectores subalternos que su rescate.³²

En este sentido, el gaitanismo, en cuanto populismo democrático —a diferencia de los populismos autoritarios de Rojas Pinilla y de la Alianza Nacional Popular—³³ emer-

³⁰ Desde una perspectiva macroeconómica, hacemos referencia a Urrutia (1970). También remitimos al texto de Congote Ochoa (2006), quien provocativamente condensa esta postura: “Con o sin Gaitán, la sociedad colombiana no estaba ni ha estado madura para un experimento populista del corte clásico, adquiriendo fuerza la contrapropuesta de que entre nosotros el populismo no ha sido sino otro fantasma más de los muchos que inspiran nuestra bucólica macondiana” (p. 344).

³¹ A mediados de la década de 1960, Di Tella hacía referencia al populismo en Colombia en los siguientes términos: “Gaitán había intentado antes, sin mucho éxito, la formación de un partido populista (más bien del tipo aprista). [...] Pero la tentativa no produjo en su mayor parte los resultados esperados, por cuanto la oposición por parte de las estructuras tradicionales era demasiado poderosa para superarla” (1965, p. 414).

³² Según Palacios, “los obreros [...] viven al día y por tener tan limitado su horizonte son fácil presa de los populistas que al prometer redistribución de la riqueza los dotan aparentemente de una conciencia más clara de sus necesidades tal como las sienten, y orientan más concretamente sus expectativas” (1971, p. 40).

³³ Palacios tipifica tres experiencias populistas en Colombia, dos de corte autoritario, el populismo de Gustavo Rojas Pinilla, y la Alianza Nacional Popular, movimiento de protesta heredero de la tendencia a la conciliación social de Rojas. Ambos casos se presentan, según Palacios, superficialmente como revolucionarios y se encuentran habitados por profundos “elementos conservadores, conciliadores y reaccionarios” (1971, p. 59). El tercer caso de populismo es, precisamente, el gaitanismo, experiencia que caracteriza como populismo democrático.

gería sin alianzas con los sectores industriales de la burguesía colombiana (Palacios, 1971, p. 41); al no reflejar un supuesto "núcleo ideológico definido", el movimiento gaitanista estaría constituido por abstracciones moralizantes y poco desafiantes a los valores mismos de la producción capitalista. El gaitanismo funcionó, entonces, gracias a unas "masas en disponibilidad" que no pudieron organizarse dentro de una estructura ideológica autónoma: "aquí radica el carácter *reformista* al tiempo que *tradicionalista* del gaitanismo" (Palacios, 1971, p. 46).³⁴

Un segundo trabajo pionero que aborda el movimiento gaitanista como un caso de populismo es el libro *Economía y nación: una breve historia de Colombia*, de Salomón Kalmanovitz, publicado en 1985. La obra escasamente recuperada es, sin duda, sumamente interesante, ya que allí encontramos una de las primeras formulaciones no peyorativas del populismo gaitanista. En efecto, Kalmanovitz aborda el populismo desde una perspectiva claramente económica (aunque no economicista), y desde aquí recupera algunas de las formulaciones sobre el populismo desarrolladas por el "primer" Laclau, de finales de la década de 1970. Como ilustramos en el apartado anterior, para este autor argentino, el conflicto fundamental del populismo radicaba en una división antagónica entre elementos popular-democráticos (pueblo) y el bloque dominante en el poder. El populismo implicaba, es cierto, la constitución de una hegemonía democrática, pese a que democracia no refería a un conjunto de instituciones liberales, sino a una operación ideológica de herencia althusseriana, "un conjunto de símbolos, valores, etc. —en suma, interpelaciones—, por las que el pueblo cobra conciencia de su identidad a través de su enfrentamiento con el bloque de poder" (Laclau, 1986 [1977], p. 121).

Retomando la conceptualización laclausiana del populismo, Kalmanovitz definió el gaitanismo como un movimiento populista democrático, porque "interpela al pueblo por medio de consignas democráticas y nacionalistas y se enfrenta a la oligarquía, pero sin pretender una transformación radical de la sociedad y de sus relaciones de propiedad y trabajo" (1985, p. 392). La verdadera amenaza que representaba Gaitán para las clases dominantes no eran sus políticas reformistas, "sino el gran peligro que entrañaban la participación del pueblo en política y la pérdida del viejo control oligárquico" (p. 397). El asesinato del líder se explica en el libro como una reacción política al proyecto modernizador de Gaitán, elemento que emparenta directamente el 9 de abril con la producción de elevados niveles de violencia. El acontecimiento es representado como una insurrección ocasionada por el magnicidio de Gaitán, perpetrado por contrarreformistas de derecha.

³⁴ Realizando análisis comparativo entre los procesos populistas de Venezuela y Colombia, Palacios (2000) considera que el establecimiento de un pacto político en Venezuela —el Pacto de Punto Fijo de 1958— ayudó a ocluir la violencia en las disputas por el poder en este país. En contraste, según el autor, la ausencia de un gobierno populista colombiano permitió la continuidad de la "violencia política" como herramienta de la élite liberal-conservadora para neutralizar cualquier movilización social (p. 37).

La consecuencia histórica del 9 de abril había sido la profundización de la violencia, la cual “constituyó una ruptura de todas las relaciones políticas en el nivel del Estado, sus aparatos represivos y sus nexos con una sociedad civil débilmente estructurada” (Kalmanovitz, 1985, p. 388). La “violencia [...] derrotó al movimiento democrático popular”; desde entonces “el Estado no logrará hasta nuestros días esa aparente autonomía, imparcialidad u objetividad, esa capacidad de arbitraje que despliega de puertas afuera el típico Estado burgués moderno, separado nítidamente de la sociedad civil” (p. 356).

Desde el prisma de Kalmanovitz, la Violencia no representa una continuación nefasta del populismo, sino “lo otro del populismo”. La condición democrática del populismo gaitanista que propone el autor se distancia del argumento de Palacios. Para el economista, lo democrático no designa una potencialidad que podría haberse producido con el gaitanismo en el poder, sino que se refiere a un modo específico de interpelación del pueblo que, por cierto, no logró sortear la batalla contra la Violencia, es decir, contra la reacción tradicionalista frente el populismo modernizador.

En este punto, la obra discute con los teóricos dependentistas, no para desechar la variable económica, sino para revalorizar las variables endógenas del análisis histórico. Con ello, abrió camino a la denominada nueva historia. La hipótesis principal del libro sostiene que el desarrollo tardío del capitalismo en Colombia “despierta entre la población ansias de libertad que entran en conflicto con tendencias conservadoras y autoritarias” (p. 12). Y aquí, a nuestro modo de ver, la interpretación del fenómeno encuentra un límite insoslayable. Más allá de la fuerza modernizadora del gaitanismo (que quedó inconclusa), en definitiva, este no llegó a transformar el orden capitalista en Colombia.

Encontramos también una clara referencia al gaitanismo como una forma de populismo en el trabajo de Pécaut (2012 [1987]) *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*. Conforme a él, el populismo se dirime en una serie de tensiones entre el interior y el exterior de lo social e involucra una forma de producir relaciones sociales y simbólicas que no están esencialmente asociadas a un sujeto político en particular. En este punto, Pécaut retoma parte de las contribuciones del sociólogo francés Alain Touraine.

Recordemos que para Touraine (1998), más que a formas de populismo en América Latina, se asiste a políticas nacional-populares propias de sociedades dependientes. La condición de dependencia designa una serie de desarticulaciones, especialmente, en las relaciones de producción y en los movimientos sociales, las cuales provocarían la constante división social y requerirían la figura unificadora de un líder personalista. Desde el punto de vista de Pécaut, el problema de estas desarticulaciones no reside en su condición de heterogeneidad, ya que las fronteras de lo social son precarias, sino en que las “representaciones de lo social se acompañan de la angustia de la irrupción de un ‘exterior’ que no se prestaría a un proceso de socialización. Este era el sentido [...] de la ‘barbarie’” (p. 17).

A diferencia de Kalmanovitz (1985), y de la concepción laclausiana del populismo, para Pécaut este no designa un tipo de discurso ideológico, sino un fenómeno caracterizado por su profundo arraigo histórico, que en el caso colombiano remite a la crisis del Estado como mediador de conflictos y a la representación radicalmente fragmentada de lo social. De ahí que el autor sitúe la violencia tanto como una prolongación de la imposibilidad como una consecuencia del populismo.

Desde la mirada de Pécaut, el gaitanismo constituye un proyecto populista que mantuvo ciertas distinciones con los populismos latinoamericanos de mediados de siglo XX, especialmente respecto de la conflictiva y ambivalente relación con los sindicatos y su carácter no marcadamente nacionalista. El investigador francés utiliza el dispositivo de la irrupción de un exterior de lo social para explicar la emergencia del populismo gaitanista. Es, en este sentido, que el gaitanismo había propuesto como representación de lo social y lo político "el mito de la división social radical", azuzando "el principio de una lucha sin cuartel entre los dos partidos" (p. 498). Y más importante aún, a partir del 9 de abril, aquella representación de lo social como espacio radicalmente escindido entre la oposición schmittiana amigo-enemigo no lograría "cerrar las brechas que había abierto" (p. 498). En adelante, entonces, para el autor, el exterior de lo social estaría presente en la experiencia histórica colombiana. En todo caso, lo que sí se cerró el 9 de abril fue la manifestación de "la barbarie", a través de la cual el exterior de lo social finalmente tomó consistencia real.

Al posibilitar la emergencia de este tipo de división social, la Violencia se sitúa en la prolongación del populismo. Fue el gaitanismo, precisamente, el que inauguró la problemática de lo social y el "exterior" de lo social, que constituye la matriz de la división social en la violencia. El gaitanismo, igualmente, pretendiendo dar forma política a la informe materia social, llevó finalmente al paroxismo la disyunción entre lo social y lo político (p. 555).

En síntesis, para Pécaut, el proceso populista emerge como resultado de una serie de tensiones no resueltas: la oposición entre un interior del orden institucionalizado que se enfrenta a un exterior que se sustrae de toda institución, esto es, como ya dijimos, la "barbarie"; la tensión igualitarismo/jerarquía que contrapone la reivindicación del mérito como forma de establecer los roles dentro de la comunidad y su promulgación de una horizontalidad incuestionable entre los colombianos; y la oposición entre partidos políticos y unidad esencial del pueblo como oscilación entre el partidismo y su ambigua representación de una parte y de toda la nación.

No obstante, el autor considera la contradicción no como un error, sino como el rasgo principal de cualquier proceso populista. Contradicciones que, para él, solo pueden encontrar en el líder una forma de síntesis aparente. En este sentido, la ausencia de una identificación clara del enemigo en la discursividad del gaitanismo explicaría por qué el 9 de abril sus seguidores se abocaron a los actos de escamoteo y saqueo en las calles bogotanas y de otras ciudades de Colombia, siendo el pueblo gaitanista nada más

que una “fuerza ciega”. El súbito agotamiento del movimiento posterior al magnicidio, la reincorporación de las masas de Gaitán a la oficialidad liberal y el despliegue total de la violencia bipartidista son, según Pécaut, las consecuencias del populismo.

Revisitar el caso: el populismo gaitanista como freno a la violencia

Del recuento anterior sobre las “palabras malditas” (populismo, gaitanismo y violencia), nos proponemos ahora presentar una lectura exploratoria revisitando el caso. Argumentaremos, por dos vías distintas, una hipótesis de trabajo:³⁵ el populismo gaitanista (en el sentido no peyorativo y no esencialista al que suscribimos), más que constituir el fenómeno histórico precedente y causal de la violencia, representó un modo específico de tensionarla (sin desplegarla) y mostró en su propio contexto claros intentos de frenarla (aun sin éxito fáctico, consideramos que es medular revalorizar el fenómeno gaitanista como proyecto que intentó denunciar y frenar la violencia). Ello supone que la violencia no se engendró con el gaitanismo o con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, sino que se refiere a un proceso que venía desarrollándose con anterioridad al 9 de abril de 1948.³⁶ A continuación, desplegaremos este argumento de dos formas: presentaremos, primero, un análisis sobre las articulaciones y prácticas político-comunicativas del gaitanismo; y, segundo, abordaremos el populismo como un proceso identitario que pretendió configurar una suerte de “dique” de contención frente a la violencia política.

El gaitanismo como una forma de populismo y de articulación político-comunicativa

Esta propuesta de abordaje fue producto del cruce teórico interdisciplinar entre comunicación y política, específicamente, entre comunicación como mediación (Martín-Barbero, 2003) y política como articulación (Laclau, 2004 [1985], 2000, 2005).³⁷ Ambas perspectivas sostienen, desde campos disciplinares diversos, que los procesos políticos (Laclau) y comunicativos (Martín-Barbero) involucran lo discursivo y que no se producen de manera directa, sino que se constituyen a través de articulaciones entre demandas populares e identidades políticas (el populismo) y a través de mediaciones

³⁵ Nos gustaría aclarar que nuestra hipótesis es todavía exploratoria, lo cual significa que sigue en proceso de indagación. Somos conscientes de que se requiere profundizar con fuentes primarias la pertinencia de nuestra propuesta analítica; sin embargo, a partir de los resultados obtenidos de nuestras propias investigaciones, creemos pertinente problematizar las lecturas que exponen una relación de causalidad entre el proceso gaitanista y la violencia política de mediados del siglo XX en Colombia.

³⁶ En efecto, es posible identificar en el discurso de Jorge Eliécer Gaitán denuncias sobre la violencia desde 1928, con motivo de la denominada Masacre de las Bananeras.

³⁷ Comunicación y política son puestas en diálogo en cuanto lecturas receptoras del posmarxismo gramsciano y reflexiones de lo discursivo abordadas en sentido amplio. Desde la perspectiva laclausiana, el discurso comprende tanto las instancias del habla, “lo que se dice”, como las prácticas sociales, “lo que se hace”. La propuesta de Martín-Barbero (2003) también parte de una noción no restringida de discurso. Así, se advierte la necesidad de dejar de pensar en los medios de comunicación como meros artefactos tecnológicos, para abordar el problema de la comunicación como proceso necesariamente mediado (Magrini, 2014a).

comunicativas que median en las relaciones entre cultura y política y entre enunciación y recepción.³⁸ Desde este punto de vista, se intenta romper con las lecturas axiológicas sobre el populismo gaitanista y presentar una mirada sobre el caso no centrada en la figura del líder como fundamento último de lo político. Si bien claramente el papel de Jorge Eliécer Gaitán resulta central para el análisis del movimiento, la operación analítica que mostraremos aquí involucra una pregunta por aquello que acontece en el ámbito de las mediaciones y de las articulaciones políticas, esto es, las prácticas político-comunicativas del gaitanismo. Estas pueden ser interpretadas como intentos de freno a la violencia política, en cuanto constituyeron modos de procesar y de incluir demandas populares en el sistema político democrático de la década de 1940.

Nuestra definición de prácticas político-comunicativas se refiere a una serie de mediaciones comunicativas y articulaciones políticas con las cuales el movimiento gaitanista articuló demandas diversas, movilizó pacíficamente a amplios sectores sociales, denunció la violencia y, fundamentalmente, construyó representaciones del pueblo integradas a la nación. Además, estas mediaciones y articulaciones se desarrollaron en un contexto político y comunicativo propio de mediados de siglo XX: el modelo de la plaza pública. Esta forma de lo político y de lo comunicativo se esgrime como un conjunto de relaciones propias de un régimen político-comunicativo basado en la política y la comunicación como contacto y desde una serie de interacciones cara a cara (Bonilla, 2002). Lo público aquí se constituye en un espacio de conflicto y de visibilización del poder, en el que las formas de la comunicación mediática y popular direccionan los "focos" de visibilización de determinados problemas políticos.

Es posible identificar una vinculación entre el modelo de la plaza y la noción de *populismo* que venimos desarrollando. En este sentido, los populismos funcionan como un filtro para la constitución de lo público como visible, ponen de manifiesto cuáles son los espacios —territoriales, ideológicos y simbólicos— dominantes en la arena política, pero también advierten y denuncian aquellos espacios que quedan fuera de esta visibilidad, lo periférico, lo que se encuentra en los márgenes de la hegemonía política, para configurar "lugares" de la resistencia.³⁹

La plaza pública se constituye en un espacio político-comunicativo preponderante, el de las grandes manifestaciones, que se utilizan como principal herramienta para hacer

³⁸ Como señalamos antes, esta propuesta fue producto de una investigación radicada en la Maestría en Comunicación de la Universidad Javeriana de Bogotá. Aquí, nos centraremos en rescatar los hallazgos de aquel trabajo en relación con el abordaje del gaitanismo como una experiencia populista.

³⁹ Aunque la lógica de la resistencia tuvo en el gaitanismo dinámicas bastante complejas. La trayectoria del movimiento, en parte, se hace comprensible por los intentos de Jorge Eliécer Gaitán de crear una política por fuera del Partido Liberal (la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria en 1933) y la imposibilidad de mantenerse en un sistema político marcadamente bipartidista. De ahí que el proyecto político gaitanista se definía como un liberalismo popular y democrático o un liberalismo de corte social. Muchas veces, Gaitán se refirió a su proyecto político como "el verdadero liberalismo", elemento que produjo una serie de conflictos internos dentro del Partido Liberal (Magrini, 2010).

una política basada en la irrupción de una representación de lo político, el pueblo “chusma”, “el populacho”.⁴⁰ “Las chusmas”, “las turbas”, “los negros gaitanistas” y “los indios gaitanistas” mostraban su inmensa presencia en los centros urbanos y, desde la periferia, irrumpían en los espacios públicos que les eran tradicionalmente vedados (como los congresos nacionales y partidos políticos), pero también constituían nuevas formas de hacer política en espacios públicos populares, como las plazas de mercado, los suburbios, la calle, entre otros. Quienes se consideraban excluidos de la política real, y solo incluidos en una democracia formal, reclamaron en nombre del daño sufrido (Rancière, 1996) su capacidad de hablar y de “poner el mundo en palabras” (Barros, 2011, p. 19). Los sentidos sobre lo popular que hasta entonces eran socialmente aceptados comenzaron a ponerse en cuestión, desnudando los supuestos sobre los que se levantaba el discurso público que los excluía.

Entre las prácticas político-comunicativas del gaitanismo que siguieron esta lógica de articulación e integración de sectores tradicionalmente excluidos, se inscriben los viajes de Gaitán en Colombia y sus visitas a los barrios populares de Bogotá,⁴¹ el desarrollo de medios de comunicación populares, los denominados “viernes culturales” en los que el líder pronunciaba sus discursos en el Teatro Municipal y las grandes manifestaciones y movilizaciones masivas que posibilitaron la unificación y nacionalización del movimiento. Durante el periodo de mayor estabilidad articuladora del gaitanismo (1947-1948), valen mencionar la Marcha de las Antorchas (1947)⁴² y la Manifestación del Silencio (1948),⁴³ ambas movilizaciones convocadas por Gaitán con el propósito de denunciar la represión ejercida por el régimen conservador contra los liberales. De ellas participaron, no solo liberales y seguidores de Gaitán, sino también conservadores.

El gaitanismo intentó deconstruir y desarticular la diferenciación primordial sobre la que se levantaba la lucha política colombiana de la década de 1940: el bipartidismo. Unificó el pueblo conservador con el pueblo liberal y generó un solo pueblo y un

⁴⁰ En este punto, nuestra reflexión se aproxima a las formulaciones de Barros (2005), quien resignifica el concepto *populismo* desde la noción de *heterogeneidad* y le otorga especificidad afirmando que “el populismo es una forma particular de articulación hegemónica en la cual lo que se pone en juego es la inclusión radical de una heterogeneidad social respecto del espacio común de representación [...]. El populismo es entonces la radical inclusión de una heterogeneidad que rompe con la homogeneidad institucional” (pp. 7-8).

⁴¹ Conforme a Braun (2008 [1985]), Gaitán fue el primer político colombiano en utilizar el avión. Antes de iniciar un viaje, se comunicaba en la comunidad la llegada de Gaitán, se colocaban banderas y retratos para crear un clima de fiesta. En sus discursos, se preocupaba por referirse a los principales problemas de los pueblos.

⁴² La Marcha de las Antorchas se presenta como un exponente de la exhaustiva organización gaitanista, la cual contaba con capitanes por cuadradas en los barrios populares. Los lineamientos, los contenidos y los modos de las manifestaciones dependían estrictamente de las directrices de Gaitán, quien, en general, las explicaba a los miembros del movimiento a través de metáforas. La Marcha de las Antorchas fue una movilización multitudinaria concebida bajo la metáfora “del río de candela”. Esta movilización resulta significativa, ya que representa el evento que marcó el movimiento gaitanista como movimiento nacional.

⁴³ La Manifestación del Silencio del 7 de febrero de 1948 fue organizada por Gaitán con el principal objetivo de poner en evidencia pública los constantes asesinatos, las persecuciones y las desapariciones producidas hacia los liberales desde el régimen conservador de Ospina Pérez. La directriz de Gaitán fue “no abrir la boca” y la metáfora explicativa que utilizó el líder fue “el mar está tranquilo cuando la tormenta se avecina”.

corrimiento de la frontera política con la oposición del "pueblo uno" a la oligarquía que también estaba constituida tanto por liberales como por conservadores. Una de las expresiones que sintetizan estas instancias de articulación fue "el hambre no es liberal ni conservadora". Como señalaba uno de sus seguidores y activistas, "ninguna diferencia puede existir entre el hambre de pan o la sed de justicia de un campesino liberal y las de un campesino conservador, y ambos están igualmente humillados ante un patrono absolutista que puede ser liberal o conservador" (Osorio, 1998 [1952], p. 247).

En los testimonios de mandos medios gaitanistas, la participación de conservadores en manifestaciones gaitanistas es presentada más como una adherencia simbólica a la lucha popular que Gaitán representaba que como una articulación política efectiva, ya que se trataba de miembros que no dejaban de pertenecer a las filas conservadoras:

Había muchos conservadores gaitanistas que simpatizaban con Gaitán. Porque Gaitán decía que el hambre no era liberal ni conservadora y que la corrupción no era tampoco ni conservadora ni liberal, sino clasista. Empezó a hablar en un lenguaje desconocido, el país nacional y el país político, y las oligarquías y el pueblo y a decir que el pueblo era superior a sus dirigentes, precisamente porque los dirigentes estaban frustrando esas aspiraciones de las masas y que por lo tanto debía producirse un cambio. (Julio Ortiz Márquez, comunicación personal, citado por Alape, 1985 [1983], p. 33)

Había dos aspectos: la base y la dirigencia. En la base se veían muchos conservadores en las manifestaciones y actos de Gaitán. Pero ellos nunca asistían a los directorios o a los comités de barrio [...]. Entonces la relación en la base era esa, muchos conservadores acompañaban a Gaitán porque defendía una idea social pero no por eso dejaban de ser conservadores. (Luis Eduardo Ricaurte, comunicación personal, citado por Alape, 1985, p. 60)

Como ya se mencionó, en las proximidades del asesinato de Gaitán, se organizó la Marcha del Silencio (febrero de 1948). Se trataba de establecer dos estrategias de significación basadas, no solo en el uso de la palabra en el espacio público, sino también en la ausencia de ella. Según un dirigente gaitanista de la época:

Sobre la consigna del silencio se discutió mucho [...]. Gaitán consideró que la Marcha del Silencio iba a ser un impacto psicológico para todas las capas de la población [...] Decía que era una demostración cuando el mar se queda quieto y se puede avecinar una tormenta. (Manuel Salazar, comunicación personal, citado por Alape, 1985, p. 104)

Un primer sentido (más explícito) del silencio era dar cuenta del carácter mortuario y casi funeral de la situación de violencia, "porque los muertos eran el pueblo, y el pueblo

tenía sobre su corazón el duelo y la angustia y los expresaba con un sentimiento de amenaza sombría” (Osorio, 1998 [1952], p. 285). Mientras que se advierte un segundo sentido de orden latente sobre el uso del silencio: poner en evidencia el control que Gaitán tenía sobre las multitudes, mostrar su alto nivel de organización y de respuesta de las masas a las órdenes de su líder. En la Marcha del Silencio, finalmente, nadie abrió la boca, excepto uno, Gaitán fue la única voz, pronunció uno de los pocos discursos que no fueron improvisados, *La oración por la paz*, dirigido al entonces presidente Mariano Ospina Pérez.

Como anticipamos, esta forma de lo político y de lo comunicativo no implicó la exclusión de la dimensión mediática propiamente dicha: los medios masivos de la época, principalmente el periódico conservador *El Siglo* y el liberal *El Tiempo*, desempeñaron un papel preponderante en cuanto a recursos de poder y dispensarios de difusión masiva de las ideologías partidarias. Frente a estas formas de comunicación masiva, el gaitanismo desarrolló una prensa popular y alternativa a los grandes medios, *Jornada*.

La radio también desempeñó un papel significativo. El programa radial *Últimas Noticias*, de Rómulo Guzmán, uno de los más fervientes gaitanistas, se convirtió en un elemento clave durante la campaña presidencial de Gaitán. Prensa y radio gaitanista emergieron con la campaña presidencial de 1944, cobraron fuerza hacia 1946, año electoral, y adquirieron auge con la consolidación del gaitanismo dentro de la estructura partidaria del liberalismo en 1947.

Durante el periodo de lucha por fuera del liberalismo (1933-1946), el gaitanismo debió construir prácticas político-comunicativas alternativas a las de la política tradicional liberal-conservadora y a la de los medios masivos de comunicación de la época. No obstante, hacia 1947, año en que Gaitán es considerado jefe único del partido, estas prácticas (sin extinguirse y sin renunciar a su capacidad movilizadora) entraron en tensión con las del liberalismo. Ejemplo de ello fue el desplazamiento de algunos de los militantes gaitanistas de primera hora, como fue el caso de José A. Osorio Lizarazo, quien se unió al gaitanismo con motivo de la campaña presidencial de 1944 y se ocupó de la dirección de *Jornada*. El estrecho vínculo de amistad personal y política entre Gaitán y Lizarazo comenzó a diluirse cuando Gaitán, luego disolver la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria y de retornar al Partido Liberal, se convirtió en jefe único del partido (1947) y puso en la dirección del periódico a Darío Samper, quien había dirigido el semanario liberal *Batalla*, órgano de apoyo y difusión a la candidatura de Gabriel Turbay (opositor de Gaitán).⁴⁴

La irrupción del gaitanismo constituyó un intento de ruptura en los modos tradicionales de la política y la comunicación. Este proceso fue atacado tanto por el conservatismo como por el ala antipopular del liberalismo. La primera herramienta que los enemigos del gaitanismo utilizaron fue la burla, luego vino la instauración del miedo a un gobierno

⁴⁴ En 1947, Darío Samper ya era el único director del periódico gaitanista (Rodríguez Franco, 2012).

"de clase", temor a que se atentara contra los intereses de las capas dirigentes: había que evitar que la "barbarie" tomara el poder y para esto había que modernizar el país. Ello puede rastrearse en algunas caricaturas publicadas en *El Siglo* entre 1947 y 1948. En la figura 1, se muestra a un grupo de negros en una suerte de isla caribeña asesinando a cuchilladas a un hombre blanco. Elemento que no solo muestra los prejuicios sobre los que se funda la lectura conservadora de la sociedad exhibida por el periódico, sino también que Gaitán es presentado por sus enemigos como el representante de un grupo de gente ignorante, homicida y negra que, de llegar al poder, tomará represalias contra la sociedad colombiana, católica y blanca.

Figura 1. Caricatura de *El Siglo*, titulada "La tribu gaitanista", del 17 de enero 1948.



Fuente: Braun (2008 [1985], p. 246).

Si vinculamos los contenidos de esta caricatura con otros discursos del líder conservador Laureano Gómez, podremos encontrar elementos adicionales a esta lectura. En el contexto de los preparativos de la IX Conferencia Panamericana, Gómez argumentó la necesaria exclusión de la figura de Gaitán, debido a que mostraría frente a los invitados extranjeros a Colombia como una "horda africana".

Hay un colombiano, uno solo, el jefe del partido liberal, el doctor Gaitán, que está pensando en la manera como deslustra, mancha y entorpece el funcionamiento de la Conferencia, y nos exhiba ante los huéspedes de honor como un pueblo inculto y salvaje [...] como una horda africana. (*El Siglo*, 1947, p. 4, citado en Braun, 2008 [1985], p. 259)

El resultado de la insistencia gaitanista en la reivindicación de la legitimidad popular llegó a su punto más álgido el 9 de abril de 1948, momento en el que se presumía que Jorge Eliécer Gaitán Ayala sería el próximo presidente de Colombia y el primero en integrar un sujeto político (el pueblo-populacho) a la nación y a las estructuras del Estado.

Según Rancière (1996), es justamente esa constante inclusión de aquella parte del pueblo, la *plebs* no contada como comunidad, y el constante juego de tensiones entre esta (*plebs*) y el todo comunitario (*populus*), lo que constituye a nuestro modo

de ver un gesto político no violento, y más importante aún, una práctica de democratización propia del populismo.

Ciertamente, este proyecto quedó inconcluso y devino la fragmentación de aquellas articulaciones logradas entre 1944 y 1948. La radicalización de la polarización político-discursiva durante la década de 1940 resulta central para comprender la exacerbación del sistema represivo luego del 9 de abril. Ello contribuyó a consolidar aún más a las clases dominantes, proceso que posteriormente se profundizó y reforzó en el proyecto conservador de Laureano Gómez en el Poder Ejecutivo (1950-1953).

En síntesis, desde esta lectura, podemos rescatar que más allá del “éxito” o el “fracaso” de las prácticas político-comunicativas y de la movilización gaitanista, estas posibilitaron que ciertas demandas, identidades y agrupaciones populares, que no se encontraban representadas, adquieran legitimidad discursiva, es decir, condiciones de decibilidad pública. Ello nos lleva a la necesidad de cambiar el ángulo desde el cual mirar la categoría de “lo popular” prestando mayor atención a las fronteras discursivas que activan/movilizan o desactivan/paralizan la acción política, fronteras que, en ocasiones, por encontrarse en los márgenes de los discursos hegemónicos, se hacen menos visibles.

El gaitanismo como una forma de populismo y como un dique de contención a la violencia

Abocándonos al análisis de las diversas trayectorias discursivas de Jorge Eliécer Gaitán, se puede evidenciar que sus declaraciones y escritos de juventud hasta la llegada la década de 1940 fueron fundamentales para que el líder liberal gestara su particular uso de significantes, tales como revolución, pueblo y democracia. Ciertamente, entre 1924 y 1944 (el primer momento de la trayectoria de Gaitán), la beligerancia rupturista propia del uso de estos significantes carecía de un polo integrador de la comunidad, de orden y reconfiguración del entorno político; más bien, buscaba advertir un inminente cataclismo del orden social por culpa del abandono de las “masas humildes” por parte de los poderosos tradicionales; por ejemplo, en gran parte de *Las ideas socialistas en Colombia* de 1924,⁴⁵ Gaitán considera necesario que se establezca desde el Estado un equilibrio de la economía en el país: “Si la producción hoy es social, como nadie puede desconocerlo, hágase que la apropiación y el cambio sean igualmente sociales” (1988 [1924], p. 74). Por otra parte, en varios apartados de este escrito monográfico, Gaitán contrasta los diferentes movimientos obreros en el mundo frente al colombiano. Para él, en ese momento militante liberal, la construcción de una organización obrera real era imperante considerando que “sólo por la *fuerza* lograron los trabajadores imponer la equidad social. [...] Nos referimos a la fuerza organizada y consciente, a la fuerza que

⁴⁵ Tesis de grado de Jorge Eliécer Gaitán.

deben emplear las *clases oprimidas* uniendo sus intereses y personas para contener los avances procelosos del gran capitalismo" (cursivas nuestras) (p. 153).

También, para el 18 de julio de 1932, en un debate en el Congreso colombiano, resaltando el significativo revolución como debacle inminente y reconstrucción de un orden institucional que no desea mejorar las condiciones del pueblo, arengaba Gaitán lo siguiente:

Y ya se verá, señor presidente [...] si en día no muy remoto se precipita una gigantesca campaña, una *terrible revolución* a favor de la ética, de la justicia, de la sinceridad. Vamos a ver, cuando traigamos al Parlamento el nuevo proyecto de Constitución [...] Porque la constitución del 86 [1886] ha hecho de Colombia algo peor que un coloniaje, y peor que una monarquía: Cercano está el momento en que veremos si el pueblo manda, si el pueblo ordena, *si el pueblo es pueblo* y nó una multitud anónima de siervos (cursivas nuestras). (1968, p. 110)

En este orden de ideas, para Gaitán, la no consecución de un cambio radical en el país llevaría a la revuelta, a una "terrible revolución". Consideramos, pues, que, en el periodo hasta de la carrera política de Gaitán (1924-1944), la discursividad del líder está enquistada en la ruptura, soslayando frecuentemente una fluctuación entre la transformación del orden y la integración como polos en constante recreación (no la presentación de ambos de manera cristalizada). Siguiendo los argumentos de Aboy Carlés (2012), una de las disyuntivas centrales de los populismos es oscilar justamente entre los polos de ruptura e integración:

Entendiendo a la primera como el mantenimiento de la fidelidad a la promesa inicial, y, a la segunda, como la negociación de la misma. Si la ruptura se mantiene inalterada, la pretensión de una representación comunitaria *solo podría lograrse a través de la violencia*. Si prima la búsqueda de la integración, tendremos en cambio una claudicación de la promesa fundacional que puede erosionar los apoyos originales. (p. 85)

En este sentido, creemos que la fluctuación entre dichos polos empieza a surgir en la discursividad gaitanista de manera paulatina hasta desembocar en la campaña electoral de Gaitán, iniciada en mayo de 1944, momento en el cual su palabra alcanzaría la oscilación característica de un movimiento político populista.

En efecto, desde 1944, con el inicio de la campaña presidencial de Gaitán, hasta las elecciones de 1946 —segundo momento— se puede advertir el resultado de una transformación paulatina del discurso gaitanista, en el cual se hace más evidente una gestión inestable entre ruptura y propuestas de integración. Proponiendo la "Regeneración democrática y moral de la República", la propia fractura que sugería Gaitán traía implícita una promesa de orden y de una "verdadera democracia". En contraposición a

lo argumentado por autores como Pécaut y Braun, no creemos que la derrota de 1946 por parte de Gaitán y del liberalismo en las elecciones presidenciales y la jefatura de este líder sobre el Partido Liberal —desde 1947— hayan significado la prevalencia del rasgo integrador de su discurso sobre el polo rupturista. Al contrario, consideramos que el movimiento de Gaitán logra ampliar su solidaridad y configura progresivamente el Partido Liberal como “el partido del pueblo”. Esto significó, sin duda, la instalación de la propia fractura gaitanista dentro de los órdenes políticos tradicionales del bipartidismo.⁴⁶

Como se desprende de lo anterior, el juego constante entre ruptura e integración propio de la discursividad gaitanista tuvo ciertas implicaciones frente a la violencia partidista de mediados de siglo XX en Colombia. Si tenemos en cuenta que el procesamiento de la alteridad y la gestión de la tensión entre *plebs/populus* son rasgos primordiales para pensar las identidades políticas, es claro que las identidades populistas carecen de control sobre su propia fractura (de ahí su oscilación entre orden y ruptura); no obstante, considerando el contexto histórico-político colombiano, creemos que la emergencia del populismo gaitanista se dio como alternativa para la configuración de identidades políticas en un entorno reticente a erradicar o excluir la eliminación física de la alteridad identitaria como lógica de la pugna política. Creemos, entonces, que Gaitán buscó erigir a su movimiento como un “dique” frente a la eliminación física del adversario político como único medio para la transformación radical del país.

En síntesis, la dinámica misma de ruptura/integración da muestra de la forma en que el gaitanismo tensionó la violencia política de su entorno como un “dique” que intenta y no frena completamente, sino que gestiona el paso de lo que contiene y evita el desborde. El proceso gaitanista, al tiempo que azuzaba a sus seguidores a enaltecer una batalla ineluctable hacia la victoria y la reconquista liberal del poder, entre 1946 y 1948, también enaltecía la resolución electoral del conflicto entre el “verdadero pueblo” y sus timadores. Pese a su beligerante oratoria, proponemos pensar el gaitanismo como

⁴⁶ En este punto, nuestra lectura comparte algunos supuestos desarrollados en el monumental trabajo de Green (2013 [2003]), el cual es, sin duda, uno de los más completos que existe sobre el movimiento gaitanista. Para Green, la discusión planteada sobre la pertinencia de considerar el gaitanismo como populista es saldada a favor del uso de la categoría, aunque con las salvedades históricas específicas que para él tiene. En este sentido, para el historiador estadounidense, lo que hace del gaitanismo un populismo no es solo su configuración como movimiento desafiante del *statu quo*, sino también su tensión ambivalente frente al orden político vigente: “Como ha sido el caso con todos los movimientos populistas, el gaitanismo exhibió elementos tanto de la resistencia popular como del dominio elitista” (p. 330). Por otra parte, más específicamente sobre la relación entre la violencia y el gaitanismo, el autor agrega que justamente el gaitanismo establecía una tensión (o una distancia tímida) con los odios heredados tradicionales del bipartidismo colombiano gracias a su “movilización popular”; sin embargo, después del 9 de abril de 1948 y los años siguientes, “el gaitanismo era un movimiento decapitado. Al perder su punto focal, el movimiento terminó consumiéndose en las endémicas luchas regionalistas y partidistas típicas de la historia colombiana” (p. 441). De lo citado del valiosísimo trabajo de Green, podría afirmarse que la permanencia dentro del Partido Liberal por parte de Gaitán hasta su asesinato no significó que su movimiento no pueda ser caracterizado como populista: “La integración con el liberalismo oficial [en 1947] acabó siendo aflictiva para el movimiento, pero no se tradujo en un menoscabo concluyente del carácter popular de la movilización” (p. 438).

un fenómeno político cuya lógica identitaria no renunció a la pretensión de convertir al enemigo partidista en adversario político. Solo de esta manera consideramos posible evitar una lectura causalista entre el gaitanismo y la violencia política de fines de la década de 1940 en Colombia y el enfrentamiento armado de la década posterior.

Conclusiones

Como señalamos al inicio, nos propusimos ilustrar cómo ha sido teorizado el populismo en América Latina y cómo desde la década de 1970 en Colombia las conceptualizaciones sobre el populismo estuvieron fuertemente articuladas a la explicación de dos cuestiones significativas para la reconstrucción de la historia nacional de Colombia: el movimiento gaitanista y la explicación de la violencia. Para ello, acudimos a tres aportes que nos permitieron exhibir nuestro abordaje sobre el gaitanismo como una experiencia populista latinoamericana, la cual, más que trazar continuidades con la violencia, contribuyó a frenarla. El primer aporte que rescataremos son las contribuciones más recientes de Laclau (1986 [1977], 2004 [1985], 2005) sobre el populismo; y el segundo, la recepción de Laclau realizada por Kalmanovitz (1985). Aunque claramente nuestra aproximación al gaitanismo se distancia de la tesis de Kalmanovitz que se encuentra fuertemente anclada a explicaciones ónticas del gaitanismo desde las variables económicas e históricas. Finalmente, nuestra interpretación discute con algunas de las formulaciones de Pécaut (2012 [1986]), especialmente en lo que respecta a su insistencia en imbricar el fenómeno populista al de la violencia. En efecto, Pécaut traza un vínculo entre populismo gaitanista y manifestaciones de la violencia teniendo como eje central la discursividad beligerante de Gaitán y su rol dentro del bipartidismo.

Como ilustramos en la última parte, la jefatura del líder en el Partido Liberal no significó un atemperamiento de su propuesta de ruptura frente al orden bipartidista, sino, justamente, la inscripción de su quiebre en el sistema político colombiano. Y si bien el llamado a la victoria electoral iba acompañado de arengas contra los conservadores y la oligarquía, primaba en la configuración identitaria gaitanista un procesamiento de la alteridad que excluía su eliminación física (solo matizada frente a la "legítima defensa" dado los enfrentamientos en su propio contexto); al contrario, se insistía en desarrollar la lucha política a través de las urnas y representar al todo comunitario.⁴⁷ Tarea que, desde el gaitanismo, remitía más a una pretensión de homogeneización de la sociedad a partir de la pugna por el poder con otras fuerzas supuestamente "irrepresentativas" del pueblo que a través de la eliminación de estas. El movimiento del propio Gaitán, en suma, sería más el de una ruptura que el de un *continuum* frente a la violencia bipartidista imperante en la década de 1940 en Colombia.

⁴⁷ Sobre la especificidad del discurso de Gaitán entre 1946 y 1948, véase Acosta (2015).

Referencias

- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.
- Aboy Carlés, G. (2004). Repensando el populismo. En *Releer los populismos* (pp. 79-126). Quito: Centro Andino de Acción Popular.
- Aboy Carlés, G. (2012). El populismo, entre la ruptura y la integración. *Revista Argentina de Ciencia Política*, 15, 88-97.
- Acha, O. y Quiroga, N. (2012). *El hecho maldito: conversaciones para otra historia del peronismo*. Buenos Aires: Prohistoria.
- Acosta Olaya, C. (2014). Gaitanismo y populismo: algunos antecedentes historiográficos y posibles contribuciones desde la teoría de la hegemonía. *Colombia Internacional*, 82, 129-155.
- Acosta Olaya, C. (2015). “¡A la carga!” *Gaitanismo, populismo y construcción de identidades políticas en Colombia (1944-1948)* (Tesis de maestría, Universidad Nacional de General San Martín, San Martín, Argentina).
- Alape, A. (1985 [1983]). *El bogotazo: memorias del olvido*. Bogotá: Planeta.
- Barros, S. (2005). *Espectralidad e inestabilidad institucional: acerca de la ruptura populista*. Ponencia presentada en el VII Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político, Córdoba, Argentina.
- Barros, S. (2011). La crisis de la deferencia y el estudio de las identidades políticas en los orígenes del peronismo. *Papeles de Trabajo*, 5(8), 13-34.
- Biglieri, P. (2007). El concepto del populismo: un marco teórico. En P. Biglieri y G. Perrelló (eds.), *En el nombre del pueblo: la emergencia del populismo kirchnerista* (pp. 15-53). Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Bonilla, J. I. (2002). ¿De la plaza pública a los medios? Apuntes sobre medios de comunicación y esfera pública. *Signo y Pensamiento*, 21(41), 82-89.
- Braun, H. (2008 [1985]). *Mataron a Gaitán: vida pública y violencia urbana en Colombia*. Bogotá: Aguilar.
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1971 [1969]). *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica*. México: Siglo XXI.
- Canovan, M. (1982). Two strategies for the study of populism. *Political Studies*, 30(4), 544-552.

- Canovan, M. (1999). Trust the people! Populism and the two faces of democracy. *Political Studies*, 47(1), 2-16.
- Congote Ochoa, B. (2006). Gaitán y el populismo: ¿otros dos fantasmas colombianos? *Universitas Humanística*, 62, 337-361.
- Cooke, J. W. (2010 [1972]). *Peronismo y revolución: el peronismo y el golpe de estado, informe a las bases*. Buenos Aires: Papiro.
- Deiwiks, C. (2009). Populism. *Living Reviews in Democracy*, 1, 1-9.
- Di Tella, T. S. (1965). Populismo y reforma en América Latina. *Desarrollo Económico*, 4(16), 391-425.
- Dockendorff, A. y Kaiser, V. (2009). Populismo en América Latina: una revisión de la literatura y la agenda. *Revista Austral Ciencias Sociales*, 17, 75-100.
- Dornbusch, R. y Edwards, S. (eds.) (1991). *The macroeconomics of populism in Latin America*. Chicago: University of Chicago Press.
- Drake, P. (1982). Conclusion: Requiem for populism? En M. Connif (ed.), *Latin american populism in comparative perspective* (pp. 217-245). Albuquerque: New Mexico University Press.
- Freidenberg, F. (2007). *La tentación populista: una vía de acceso al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis.
- French, J. (1992). *The Brazilian workers' ABC: Class conflict and alliances in modern São Paulo*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Gaitán, J. E. (1968). *Los mejores discursos de Gaitán*. Bogotá: Jorvi.
- Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Gaitán, J. E. (1988 [1924]). *Las ideas socialistas en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de la Participación Jorge Eliécer Gaitán.
- Germani, G. (2003 [1978]). *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires: Temas.
- Germani, G. (2010 [1979]). Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna. En C. Mera y J. Rebón (coords.), *Gino Germani: la sociedad en cuestión: antología comentada*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Green, W. J. (2013 [2003]). *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*. Medellín: Banco de la República/Universidad Eafit.
- Hermet, G. (2003). El populismo como concepto. *Revista de Ciencia Política*, 23(1), 5-18.

- Ianni, O. (1972). *A formação do Estado populista na América Latina*. Río de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Ionescu, G. y Gellner, E. (1970 [1969]). *Populismo, sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- James, D. (1988). *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina (1946-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Kalmanovitz, S. (1985). *Economía y nación: una breve historia de Colombia*. Medellín: Siglo XXI.
- Knight, A. (1998). Populism and neo-populism in Latin America, especially Mexico. *Journal of Latin American Studies*, 30(2), 223-248.
- Laclau, E. (1986 [1977]). *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo y populismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Laclau, E. (1996). Why do empty signifiers matter to politics? En E. Laclau (ed.), *Emancipation(s)* (pp. 36-46). Londres: Verso.
- Laclau, E. (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laclau, E. (2002). *Misticismo, retórica y política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2009 [2005]). Populismo: ¿qué nos dice el nombre? En F. Panizza, (comp.), *El populismo como espejo de la democracia* (pp. 51-70). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2004 [1985]). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1998 [1952]). *Gaitán, vida muerte y permanente presencia*. Bogotá: El Áncora.
- Mackinnon, M. y Petrone, M. (1998). Los complejos de la cenicienta. En M. Mackinnon y M. Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo: el problema de la Cenicienta* (pp. 11-55). Buenos Aires: Eudeba.
- Magrini, A. L. (2010). De la narrativa al discurso: un análisis de las narrativas, voces y sentidos del discurso gaitanista en Colombia (1928-1948). *Signo y Pensamiento*, 29(57), 400-416.

- Magrini, A. L. (2014a). De mediaciones comunicativas y articulaciones políticas: aproximaciones a las propuestas discursivas de Jesús Martín-Barbero y Ernesto Laclau. En E. Torres y C. del Valle Rojas (eds.), *Discurso y poder: aproximaciones teóricas y prácticas* (pp. 109-131). Temuco: Universidad de la Frontera.
- Magrini, A. L. (2014b). Violencia(s) y populismo: aproximaciones a una lucha conceptual en Colombia y en Argentina. *Colombia Internacional*, 82, 157-189.
- Magrini, A. L. (2015). *De narrativas, discursos y lenguajes políticos: un análisis de las resignificaciones narrativas del gaitanismo en Colombia y el peronismo en Argentina durante la segunda mitad del siglo XX* (Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Argentina).
- Magrini, A. L. (2016). Colombia y los nombres de lo político: populismo, violencia(s) y gaitanismo. *Iberoamericana*, 16(63), 33-52.
- Martín-Barbero, J. (2003). *De los medios a las mediaciones: comunicación cultura y hegemonía*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Murmis, M. y Portantiero, J. C. (1971). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Palacios, M. (1971). *El populismo en Colombia*. Bogotá: Siuasianza.
- Palacios, M. (2000). Presencia y ausencia de populismo: un contrapunto colombo-venezolano. *Análisis Político*, 39, 33-53.
- Panizza, F. (2011). ¿De qué hablamos cuando hablamos de populismo? "¡Más populista será tu abuela!". *Recso*, 2, 15-37.
- Pécaut, D. (2012 [1986]). *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*. Medellín: Universidad Eafit.
- Portantiero, J. C. y Ípola, E. de (1988 [1981]). Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes. En J. C. Rubinstein (comp.), *El Estado periférico latinoamericano* (pp. 203-214). Buenos Aires: Eudeba.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo: política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rodríguez Franco, A. (2012). *El gaitanismo y los gaitanistas de Jornada (1944-1957)* (Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia).
- Stein, S. (1980). *Populism in Perú*. Wisconsin: University of Wisconsin Press.
- Taguieff, P. (1996). Las ciencias políticas frente el populismo: de un espejismo conceptual a un problema real. En *Populismo posmoderno* (pp. 29-80). Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.

- Torre, C. de la (2004). Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo. En *Releer los populismos* (pp. 51-78). Quito: Centro Andino de Acción Popular.
- Torre, J. C. (1989). Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo. *Desarrollo Económico*, 112, 525-548.
- Touraine, A. (1998). Las políticas nacional-populares. En M. M. Mackinnon y M. A. Petrone (comps.), *Populismo y neopopulismo: el problema de la Centésima* (pp. 329-359). Buenos Aires: Eudeba.
- Urrutia, M. (1970). *Compendio de estadísticas históricas de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Vergalito, E. (2007). Devenir de la teoría del populismo: marxismo, posestructuralismo y pragmatismo en Ernesto Laclau. En C. Lértora Mendoza (coord.), *Evolución de las ideas filosóficas: 1980-2005, XIII Jornadas de pensamiento filosófico argentino* (pp. 36-46). Buenos Aires: Fundación para el Estudio del Pensamiento Argentino e Iberoamericano.
- Vilas, C. (2004). ¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del neopopulismo latinoamericano. *Estudios Sociales*, 14(26), 27-51.
- Weffort, F. (1968). O Populismo na Política Brasileira. En C. Furtado (ed.), *Brasil: Tempos Modernos* (pp. 49-75). Río de Janeiro: Paz e Terra.
- Weyland, K. (2001). Clarifying a contested concept: Populism in the study of Latin America politics. *Comparative Politics*, 34, 1-22.
- Weyland, K., Torre, C. de la, Aboy Carlés, G. e Ibarra, H. (2004). *Releer los populismos*. Quito: Centro Andino de Acción Popular.